

# El exilio femenino: Federica Montseny o el peso del amor tan lastimado

**María José Palma**

**H**ay muchas formas de exilio para las mujeres, como hay muchas historias femeninas que no recoge la Historia con mayúsculas. Dice Jorge Semprún en su novela *Aquel Domingo* (1980): “Las masas quizás hagan la historia, pero indudablemente no la cuentan. Son las minorías dominantes –las que las izquierdas llaman “vanguardias” y la derecha, incluso el centro, “élites naturales”- quienes cuentan la historia.”

Por ello, en la reivindicación de las memorias del exilio, tendríamos que revisar el canon de la Historia oficial desde los testimonios de las perdedoras. De la misma forma que deberíamos despojarnos de la historia esencialista hecha con un fondo criminal: el del olvido, tendríamos que abandonar las certezas para seguir trabajando y escribiendo sobre la Historia, y sobre los exilios femeninos que, a pesar de todo, también la conforman. Porque al “exilio interior” femenino, del que tan magníficamente hablaron James Joyce y Virginia Woolf, y que es específico a cualquier mujer en la cultura patriarcal, se le añade en circunstancias históricas determinadas, el exilio político, que no por ser más visible hace desaparecer el anterior. Por eso, deberíamos hablar de exilios femeninos en lugar del exilio femenino singular y globalizado. Para ello, necesitamos ser móviles, luchar contra las mentiras e incertidumbres que existen en el relato oficial y contra toda desaparición ya que destruidos todos los símbolos de la República, aún los pertenecientes al imaginario o al patrimonio familiar, e incluso demonizado y ridiculizado todo el espectro de los vencidos y las vencidas, todos y todas soportaron la ausencia de sus muertos en lápidas y monumentos, pero sobre todo, han estado sin experimentar la terapia de la palabra, y sin ninguna ceremonia de duelo que les ayudase a exteriorizar los traumas de su pasado. Y así, aún hoy día es necesario dar

un especial significado al exilio en general y al exilio femenino en particular con ceremonias rituales que se inscriban física y emocionalmente en la memoria colectiva de lo que significó la guerra civil española, para incorporarla a nuestro acervo cultural a través de todos los medios artísticos e intelectuales posibles. W. H. Auden en su libro *Tiempo de guerra* (1939) escribió: “Lo que llaman Historia no es algo precisamente de lo que tengamos que envanecernos estando hecha como está, con el fondo criminal que alienta en nosotros”.

Para luchar contra los exilios nada mejor que la memoria como recurso. La memoria histórica y la memoria individual traumática de las mujeres que sufrieron el exilio. En este sentido, es éticamente necesario hacer un esfuerzo para rescatarlas del olvido, para rescatarnos a nosotros mismos y a nosotras mismas, sin lugar a dudas.

Y así, de esta manera crear una memoria visible, aunque sea flotante, insisto, aun siendo paradójica. Una memoria femenina plural, fragmentaria quizás pero no fragmentada por el tiempo pasado. Una memoria contra la angustia del recuerdo silenciado, contra el desamparo después del retorno. Pero sobre todo, una memoria para luchar contra la locura familiar y sorda. La locura asesina de vivir como una muerta, olvidada.

Recuperar estas memorias es también bucear entre la muerte y el miedo, y encontrarse con el horror que implica la despedida colectiva e individual. Darles un funeral en su tierra a las que no lo han tenido o a las que ya murieron en el exilio. Es una reparación simbólica que le debemos por su labor. Es así como entiendo este Congreso de celebración y homenaje a Federica Montseny.

He llevado a cabo un pequeño trabajo con algunas de estas mujeres para hacer resurgir la memoria de la experiencia del desarraigo, y he podido constatar que tanto el “exilio interior” como el exilio político no son fáciles de contar para las mujeres que lo sufrieron. Pero también es cierto, que cuando lo hacen, lo cuentan de manera generosa insistiendo en el desamparo y en el olvido a que son sometidas.

Desde aquí quiero dar las gracias a estas mujeres que me hicieron comprender mejor el mundo que me rodea. Gracias a Sara Berenguer y Antonia Fontanillas de la CNT, a Teresa Romo y a Montserrat Julió republicanas, a Victoria Pujolar, a Escolástica Jiménez, Carmen Antoñana y

Alicia Herraiz del PCE, a Carmen Sañudo, Victoria Gómez, María Luisa Fernández y Ana Vieitez del PSOE, entre otras muchas.

Por las razones anteriormente expuestas y por algunas más que veremos más tarde, no voy a tratar en estas páginas el tema del exilio político femenino de la guerra civil española ni como un hecho aislado del “exilio interior” ni desde una perspectiva histórica. Me consta que se están haciendo magníficos trabajos, pero aún insuficientes.

Mis páginas señalarán la conexión de los dos exilios, que aun estando interrelacionados son jerárquicos, manifestándose dicha jerarquía de orden psíquico en la narración de las experiencias vividas por estas mujeres, o al menos, de manera singular en las que yo he entrevistado.

Así pues, lo que hago aquí es una reflexión, o una llamada de atención si ustedes lo prefieren, el señalamiento de algunos elementos que conforman los efectos psíquicos del exilio político como factor agravante del “exilio interior” en estas mujeres, y de su lucha contra los dos exilios tanto por su militancia republicana y de izquierdas durante la guerra y fuera del país, como por su actitud personal a lo largo de toda su vida.

En este sentido, la historia de los exilios de Federica Montseny no es una excepción, sino una cuestión de grado, de cantidad o de intensidad de lo vivido debido a su compromiso con el anarquismo, a su posición política al ostentar el cargo de ministra de Sanidad de la República, y por ser mujer, lo que le hacía, por su excepción, más visible e intolerable a los ojos de los sublevados. Las que conocimos el franquismo sabemos lo que éste significó para las mujeres.

Pero volvamos a las exiliadas, a sus testimonios orales, a ellas, ya que a los de Federica Montseny sólo los podremos conocer a través de sus textos, y de los trabajos que se han hecho acerca de su figura política y personal. De las exiliadas, si se busca un poco, están ahí, aún viven, se puede hablar con ellas, se puede restablecer la memoria en su diversidad de experiencias y narraciones, aunque es evidente que por razones cronológicas cada día se hace más difícil el encuentro. Año tras año se rompen los lazos directos con el pasado y pronto, sólo nos quedará el análisis de los hechos que empañaron, con muertos y muertas, a nuestro país y al territorio europeo, desde la perspectiva del presente, desde la óptica de un mundo plétórico de contradicciones y confusión ideológica, pero sin

la memoria emotiva que compenetra ánimos y teje lazos de relación entre las distintas generaciones.

Son, en efecto, mujeres vivas que narran lo que el exilio, sus exilios, les supuso y les supone de pérdida plural: afectiva, territorial, económica, lingüística y de su propia invisibilidad. En definitiva, ellas nos cuentan sin saberlo y aún sabiéndolo, la pérdida de sus señas de identidad, de una patria, de una familia y de un universo cultural y lingüístico.

Son mujeres que, si se les escucha, rememoran su propia y conmovedora imagen de niñas, las “niñas de la guerra”, o la de sus madres que, junto a ellas, también descubren las angustias de sus exilios.

A ellas, el recuerdo, la memoria auditiva, olfativa y visual les hace revivir muchas emociones, entre ellas, el bombardeo de Figueras, de Barcelona, de cualquier lugar lejano o cerca, pues por la frontera francesa salieron todas. Memoria de bombas lanzadas a la población civil que se dirigía al exilio, el ruido que hacían al estallar en el suelo, el olor fuerte a metálico y a pólvora. Pero sobre todo, estas mujeres recrean una memoria visual que deja paso a la cristalización de las imágenes de los andenes y de las carreteras repletos de objetos abandonados por el peso y la prisa, y de los muertos y muertas. Como tampoco olvidan su memoria corporal, la intensidad del dolor, la desesperación de ancianas y madres al dejar a sus hijos e hijas en esos mismos andenes, alcanzados en su inocencia, ya muertos. Vestigios de una memoria que las invade aún hoy día.

Como consecuencia de ello, el dolor vivo del duelo no resuelto por lo irrecuperable del tiempo perdido, tiempo de la memoria y del trauma. ¿Tiempo perdido?, me pregunto, y me doy cuenta al oírlas, que fue fructífero su agradecimiento a los países de acogida por su acción política, laboral o social. Una labor en los diferentes ámbitos de la vida de aquellos países, que fueron fundamentalmente Francia, México, Argentina y Chile entre otros.

Agradecimiento a estos países, pero sin olvido ya que en todo momento España estaba presente como identidad perdida, aunque coagulada y en trozos, en algún lugar de sus memorias errantes. A pesar de esta presencia internacional de diáspora femenina española, surge el duelo de la pérdida, que como diría Miguel Hernández es aún hoy día *El rayo que no cesa*.

Un duelo, en efecto, que se ha convertido al retorno en una cripta

infranqueable y a la vez frágil y duradera. O dicho de otro modo, un duelo y un dolor que todavía hoy están magnificados por un pacto político de silencio y olvido que comenzó con la Transición, y que tiene que ver también con el hecho autodefensivo de aceptar la catástrofe. Un duelo que ya se está resquebrajando, aunque lentamente.

Sí, un duelo por el que todas las exiliadas dejan traslucir una “identidad flotante”, un “no soy de aquí, ni soy de allá”, como dice la canción, y una perplejidad, la de querer volver o no, la de sentirse de aquí y de allá. La de no saber si aquí es allá o allá era aquí. En definitiva, lo que ese duelo deja traslucir es una ambivalencia que nos señala la importancia de sentirse dueña de sí en el exilio y no sólo víctima de un destino negro.

Se trata pues, de un duelo que suscribe la síntesis de una dialéctica a tres términos cuyos ejes se sitúan por una parte, entre la vida, la muerte simbólica que se puede convertir en real por la presencia y el acoso, y la vida, en este orden. Y por otra, entre la identidad real y la adquirida. El caso de Federica Montseny es un ejemplo revelador a la vez que general. En el año 1940, ante el avance de la Gestapo, Federica Montseny en su exilio francés, mantiene la ficción de la identidad adquirida.

Todo lo dicho anteriormente, nos enmarca una primera configuración femenina de la diáspora española, y con ella también, una pertenencia errante a dos lenguas, a dos culturas, a dos mundos, a dos territorios: el perdido por la expulsión obligada y el adoptado para poder sobrevivir.

En cuanto al ahora, la cosa no parece ser tampoco sencilla. Hoy comenzamos a saber que no existe posibilidad de mantener la inocencia de aquel olvido, puesto que después de conocer algunos relatos ya no hay inocencia posible. Y si seguimos ignorándolo, aunque de veras ignoremos lo que ocurrió, seguiremos siendo responsables porque ese pasado es el nuestro y nada podrá cambiarlo. No podemos rechazar ese pasado. En todo caso, o bien podríamos negarlo como hemos hecho hasta ahora para defendernos del horror, o bien comprenderlo en su totalidad para destruir sus vestigios y construir un porvenir que sea radicalmente distinto. Pero tanto en un caso como en el otro, somos responsables de ese pasado porque aceptamos la responsabilidad del futuro. Bien deberíamos saber por la experiencia histórica que no se trata tampoco de una mera recreación de dicho pasado, puesto que ello se convertiría en un ejercicio inútil, sino que éste se

construya como memoria ejemplar, es decir, en aquella que se convierte en un medio para comprender situaciones nuevas o distintas que otorgan al pasado una presencia activa en el presente, con un mensaje actual, universal y de género.

Después de esta pérdida de la inocencia, después de un número importante de entrevistas a mujeres exiliadas, me pregunto si puedo, si podemos, asumir sus vivencias memorizadas, sus experiencias, o sea, si puedo, si podemos, asumir sus historias, sus relatos, sus memorias y sus testimonios sin la memoria ejemplar de la que he hablado anteriormente, para que aquella historia no se repita. Pero al sentir el silencio actual pactado sobre sus vidas, y luego al oír las a ellas, recuerdo el texto de Semprún con el que empecé estas páginas, en donde se dice que son siempre los mismos los que escriben la Historia con mayúsculas, la historia que se ve, y con ella la de la Guerra Civil Española, preámbulo de la Segunda Guerra Mundial, la del exilio en general y la del femenino en particular.

Es flagrante en la mayoría de los jóvenes la ignorancia sobre estas memorias y en especial sobre la memoria femenina en general. Ignorancia que hace síntoma. De ahí, la importancia de este Congreso, que a su manera, intenta revivir una memoria plural, no sólo la de la figura de Federica Montseny, pieza fundamental en la historia de las mujeres en España, sino la de otras muchas mujeres españolas que sufrieron el exilio. Porque no hay que olvidar que el exilio “interior” y el exilio político femenino de cualquier país, en cualquier guerra, lleva consigo connotaciones específicas con respecto a la modalidad de las agresiones y ello se dio también en la Guerra Civil Española. Cómo no evocar aquí algunos ejemplos como la estrategia política de los serbios en relación con las mujeres bosnias en la última guerra de los Balcanes, o en Iraq por las tropas estadounidenses o en Sudán o mucho más cerca. Cómo no citar el hecho de que en la última semana de marzo de 2005, el grupo Popular del Parlamento Europeo se ha negado a aceptar la propuesta de la izquierda europea, para otorgar el derecho al aborto a las adolescentes violadas y embarazadas durante las guerras. Cómo no mencionar los castigos corporales y psicológicos a las mujeres en las cárceles durante la Guerra Civil y posteriormente a las que se quedaron, o a las que durante la guerra pudieron salir al exilio. Unas para no regresar, y otras lo hicieron para volver esporádicamente o con una

cierta continuidad, para llevar a cabo su trabajo clandestino. Imposible el olvido.

Por ello, entiendo que la necesidad de visibilidad histórica de la experiencia de estas mujeres es una necesidad política, y quiero decir con ello, que esta necesidad no tiene que ver sólo con la praxis política que conlleva un cambio, sino también con una ética en donde se reconozcan las memorias de estas mujeres, la memoria ejemplar femenina en general.

Pero volvamos de nuevo a nuestras exiliadas, al punto álgido en que se toma conciencia de lo que ocurre: la guerra y con ella cuando sucede la desgracia de tener que abandonar, de tener que salir del país. Entonces, la despedida es lo que se impone, lo que surge al instante como el primer asidero al que se pueden aferrar estas mujeres para la comprensión y la aceptación del horror y la tragedia, porque lo primero que la conciencia necesita es saber por dónde se anda, en qué lugar se está. Aunque sea el lugar del exilio patriarcal, muy “conocido” por nosotras.

A estas mujeres que se preparan para un largo o pequeño exilio geográfico-político, que históricamente se verificará como largo, y aunque nunca son pequeños los exilios porque siempre son impuestos, y la imposición es escueta, pero profunda y dolorosa, a estas mujeres, digo, les falta generalmente el rito, psicológicamente protector de la despedida, puesto que en la mayoría de los casos tienen que partir de forma precipitada y abrupta.

A todas sus angustias se le añade la provocada por la carencia de la despedida, lo cual hace que experimenten su partida como un atravesar la frontera entre el reino de los vivos y el de los muertos. Para su vivencia profunda, para su mundo interno, todos los seres amados de los que no han podido despedirse, y a quienes temen no volver a ver jamás, quedan transformados en “muertos” o en “muertas” de quienes no pueden separarse satisfactoriamente. Y por eso sienten también que ellas se quedan como “muertas” para los demás.

En el exilio, ellas deben asumir la derrota, hacer su duelo, enfrentar una realidad distinta y empezar a construir, no sin dificultades, su nueva vida cotidiana. En definitiva, comenzar unas condiciones de vida familiar nuevas, y convivir con los grupos de exiliados y exiliadas que llegaron a los diferentes países de América o Europa. Y allí, reunidos al fin, comparten el inicio de largas y constantes conversaciones acerca de las posibles solu-

ciones para la pronta recuperación de lo perdido, pero también les suele ocurrir que niegan la pérdida para poder así mantener viva en la memoria la realidad pasada, para hacer el exilio más tolerable. Quizás, el silencio pactado de la Transición española en relación con la Guerra Civil y con el exilio, tenga también esta lectura.

Y en muchos casos, el exilio es sentido también como una pérdida de la identidad nacional y subjetiva que las definía. O dicho de otro modo, la identidad que las sostenía, se transforma como ya hemos dicho, en una “identidad flotante”, múltiple, manifestándose sobre todo como una “identidad errante”, debido a la falta de estabilidad, al sentimiento permanente de “paso”, y a las expectativas de retorno. Todo ello, explica una cierta despersonalización en donde les es difícil asumir otra identidad que no sea la de “exiliadas”.

En esta situación, las manifestaciones familiares, sociales y políticas son numerosas en los países en los que se quedaron, pero desde la óptica que nos ocupa aquí, desde dónde estamos analizando el exilio femenino de la Guerra Civil Española, queremos centrarnos en uno de los temas, que a nuestro entender, está poco estudiado en relación con estas mujeres, es decir, lo que les significó por una parte, la utilización del pseudónimo o los mal llamados “nombres de guerra” para seguir viviendo, y por otra, la relación que este hecho tiene con el cambio de su identidad subjetiva y nacional en una “identidad flotante”. Cambio que está profundamente entroncado con lo que hemos dado en llamar el “exilio interior”.

En efecto, más que los pseudónimos inscritos de forma casi exclusiva en el ámbito literario, podemos situar a los “nombres de guerra”, en el campo semántico de la actividad política clandestina.

“Nombres de guerra”, curiosa expresión bélica para señalar una falsa identidad adquirida en la obligación y en la confrontación del sujeto con la muerte. Federica Montseny, como otras muchas mujeres que he entrevistado, nunca han olvidado el inicio del viaje al exilio, la frontera, Francia, y más allá.

Si no existieran estas memorias femeninas, y masculinas también, si no existiera un trauma histórico no resuelto ni a nivel subjetivo ni colectivo, ¿cómo explicar la emergencia mayoritaria de la sociedad española contra la obligada participación de España en la guerra de Iraq?

Lanzo esta hipótesis al aire, que no pretende ser verdad única, a cada uno y a cada una su respuesta, pero me pareció que sería interesante al menos formularla.

Después de muchos años de silencio, incluido en las propias familias, *Tiempo de Silencio*, diría Luis Martín Santos, el escribir sobre el exilio femenino o las entrevistas a estas mujeres significan en la mayoría de los casos, darles la posibilidad de hablar del pasado y de su pasado. Un pasado, en efecto, que se manifiesta en las diferentes memorias de las que hemos hablado, y que nos señala una realidad espectral materializada en la narración actual de los hechos, los vividos y los modificados en la memoria por el tiempo, sin que estos últimos dejen de ser a su vez reales.

En este fin de semana han viajado a Mauthausen los pocos supervivientes de aquel campo que aún quedan, llegaron de España, de Francia y de diversos rincones de América, pero su escasa presencia se verá compensada por la compañía de familiares y amistades, que han llegado en algunos casos para recuperar la historia de sus padres y madres, de sus abuelos y abuelas, y que les servirá para reclamar la historia no sólo de las víctimas directas, sino la de ellos y ellas mismos como allegados y descendientes.

El exilio contado y el exilio escrito como lo hizo Federica Montseny en sus textos de un marcado acento autobiográfico. Textos como *Mujeres en la cárcel* de 1949 o *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, publicado en Toulouse en 1969, y más tarde, en 1977, en Barcelona, en la editorial Galba, bajo el título *El éxodo: pasión y muerte de los españoles en el exilio*, significan la sublimación y la catarsis del dolor a través de la escritura.

Con todo ello, ¿estamos ahora en el momento de la reparación? ¿De la recuperación de las memorias subjetivas? ¿De una memoria con mayúsculas síntesis y expresión plural del trauma recibido? Creo que sí puesto que el tiempo histórico raramente coincide con el tiempo psíquico.

Pero volvamos a Federica Montseny, a su exilio, parecido en rasgos generales al de otras muchas mujeres, aunque el suyo, como hemos dicho anteriormente, no deja de tener sus singularidades, debido a su condición de mujer, de política, de ministra de Sanidad de la República Española y de militante anarquista.

Su exilio, documentado por historiadores e historiadoras de la Guerra

Civil Española y del exilio, se conoce por sus propios textos, por sus testimonios y por los de sus allegados, que nos muestran las vicisitudes por las que tuvo que pasar y sus dificultades cotidianas. En lo que a mí respecta, he podido conocer a través de mis lecturas sobre ella, el proceso de un cambio que tiene que ver con sus múltiples identidades. Ya sabemos que Federica Montseny se “convierte” en la “Leona”, y ella misma ya en el exilio, en Fanny. “Identidad flotante”, errática, tal y como la hemos definido en páginas precedentes, tanto en su dimensión subjetiva como en la colectiva.

En efecto, ya en el exilio, en aquel junio de 1940, conocido en España como el “año del hambre”, fue cuando Federica supo que las tropas nazis habían llegado hasta la frontera española, cubriendo así todo el territorio francés del fantasma de la persecución. A esta realidad espectral y fantasmagórica que la persigue desde España, se le añade otra, la de la persecución de la Gestapo, y es entonces cuando Federica Montseny Mañé, vecina de Madrid, ministra de Sanidad del gobierno republicano y militante anarquista, decide destruir toda la documentación que pudiera identificarla, y convertirse en Fanny Germain, una francesa cuyo marido era representante de comercio, al que habían movilizado hacía tres meses. En cuanto a ella, sólo deseaba llegar a la Dordoña para encontrarse con un cuñado ficticio que vivía en Périgueux.

Así, es durante su viaje a Montargis: “cuando se vio al fin sentada en uno de los bancos de aquella barcaza, [Federica Montseny] supo que era el momento de olvidar su identidad española.” (Lozano, 2004:183).

Metamorfosis de la identidad subjetiva, negación del pasado autobiográfico para vivir un presente traumático que alcanza no sólo a su identidad subjetiva, sino a la de todos los miembros de su familia. Con ello, la constelación familiar cambia de forma irremediable. Así, el nombre de su hija primogénita Vida se transforma en Iva o Ivette, según las circunstancias o los momentos de rapidez en la huida. O el nombre de su hijo Germinal, de resonancias literarias y revolucionarias, del “J'accuse” de Émile Zola, se intercambiará hasta convertirse en Germain, en un juego de alternancias vocálicas y de desaparición consonántica. Germain, un nombre que como si de un azar se tratase, es el apellido de André Germain, un masón francés, amigo y protector de la familia.

Un apellido simbólico, en efecto, que el hijo de Federica Montseny adquiere hasta convertirlo en su nombre propio, en su identidad subjetiva, mostrándonos con ello una doble filiación: simbólica y biológica, o lo que es lo mismo, el recubrimiento de la filiación simbólica, Germain, sobre la biológica, Germinal Esgleas. Pero el nombre del hijo de Federica, Germinal, presenta otra situación de conflicto relacionado con su identidad: su nombre propio, es a su vez el “nombre de guerra” o pseudónimo de su padre, es decir, que la identidad subjetiva del hijo de Federica, la que lo marcó como nombre propio, es lo que se desea ocultar, o, dicho de otra forma, lo que se está ocultando para la supervivencia.

Así, la identidad del hijo es doblemente ocultada: en primer lugar, por la clandestinidad nominal de su padre, ya que su nombre hace referencia al “nombre de guerra” paterno como hemos dicho, y ya en el exilio, por el nuevo cambio que significa la adaptación del apellido Germain como su nombre propio. Y finalmente, otro miembro de la familia, Rosa, la madre posesiva de José Esgleas, el compañero de Federica, se convierte en Rose.

Del trauma recibido, Vida se emancipa muy joven de la vida familiar y en cuanto a Germinal-Germain, éste se aleja buscando otros territorios. La historia de Blanca, la hija pequeña nacida en el exilio, presenta unas características diferentes a la de sus hermanos. Conocedora del dolor infligido a los miembros de la familia por la pertenencia ideológica de sus padres y por la experiencia de la guerra y del exilio, decide llevar su propio dolor como un grito callado en su confrontación personal con la muerte.

Finalmente, podemos decir que la configuración familiar Esgleas-Montseny se desintegra a causa de la guerra y del exilio. Desintegración provocada por el cambio de las identidades subjetivas y nacional de los miembros de la familia, añadiéndosele a ello, otra constelación familiar conflictiva, la de Federica con su padre, también en el exilio y dependiente de ella. Ausencia de padre y esposo, sí, y exceso de padre por otra parte. De esta forma, la “novela familiar” Esgleas-Montseny en los primeros tiempos del exilio, se caracteriza por la aparición de un territorio exclusivamente materno por lo que implica de emoción, de afectos, de miedos e incertidumbres, en definitiva, de alternancia entre la vida y la muerte, Así pues, la “novela familiar” de la familia Montseny en el exilio, nos muestra

unos personajes que poseen una doble biografía, de la misma forma que una doble filiación. Esta doblez le sirve a Federica Montseny, a “la leona” o a Fanny Germain para apaciguar su obsesión fundamental: la de borrar un pasado persecutorio ante un presente que se manifiesta con toda su crudeza y realidad, en nuevamente perseguidor. Un pasado, en efecto, que se traduce a causa de la presencia del espectro bélico de la Segunda Guerra Mundial, en la imperiosa necesidad de hacer invisible lo que es visible para poder sobrevivir.

Y si hablo de un pasado espectral en el caso de Federica Montseny, y de una fractura en su constelación familiar, todo ello puede aplicarse también, con los matices que requiere toda historia individual, a todas las constelaciones familiares de las exiliadas que conozco. En el sentido en que para la resolución del pasado espectral, herencia a lo largo de generaciones, es necesario ponerlo en discurso y con ello configurar las estrategias para llevar a cabo una política de la memoria sin exclusión, y sin que la memoria femenina se diluya en la primera. La desaparición del espectro, conllevaría la instauración a través de dichos discursos de una memoria cultural y de una didáctica de los exilios.

Por eso, si hago aquí referencia de nuevo a espectros, herencia, memorias y generaciones, es decir, cuando hablo de lo que no es visible pero está presente, es en nombre de la justicia. Entendámosla como una justicia que no se reduce al Derecho, sino a una responsabilidad, a una ética del reconocimiento del Otro, de la Otra, de la experiencia vivida, a una ética de la diferencia sexual más allá del presente, de actos y de centenarios. Más allá de la vida como *mi* vida o de *nuestra* vida. Por supuesto, se trata ahora de una justicia restringida a una responsabilidad ética con el exilio en general, y con el exilio femenino en particular. Y en todo caso, se trataría de una justicia fuera de la impostura obligada que genera la llamada “civilización de la felicidad”.

En definitiva, recuperar la memoria de los exilios, es sacar también del olvido el retorno de las exiliadas, saldar con ellas una doble deuda: en primer lugar, por la imposición a emigrar y en segundo lugar, por el olvido mismo al que han sido y siguen siendo sometidas, incluida, ya digo, la generación que se “emborrachó” con el paso a la democracia,

Para que esto sea posible tenemos que tener en cuenta de manera visible

su retorno en todas sus necesidades, puesto que el desexilio significa una nueva confrontación con lo perdido esta vez en sentido inverso, ya que el retorno es un nuevo desgarró.

Para estas mujeres, la decisión de volver no ha sido fácil. Aun para aquellas que lo desearon fervientemente, y que el regreso y la nostalgia les traían incesantemente imágenes soñadas e idealizadas, existieron muchos momentos de duda y de vacilación, de múltiples ambivalencias, de elecciones entre dejar lo conseguido en tan largo exilio o mantenerlo.

Para ellas, a la herida ya existente se le añade la herida del regreso y con ello, una nueva despedida de lo que en aquellas tierras, las que hayan sido, se ha llegado a querer. En este sentido, tienen que elaborar un nuevo duelo en donde sienten que pierden otra vez todas sus pertenencias, sus afectos, en definitiva, todo lo que han valorado en el país de acogida. Al volver a su país de origen, la ilusión del reencuentro implica llevar a cabo unas expectativas de recuperación de todo lo añorado, aun sabiendo que no es posible. Ellas esperan encontrar todo, a las personas y a los objetos en el mismo estado en que se encontraban al separarse de ellos, como si el tiempo se detuviera, se fosilizara, y se vivificara en el encuentro.

Pero la realidad con la que se encuentran suele ser distinta. La comprobación de los cambios en las personas y las cosas, en los hábitos y en las modas, las calles, las relaciones y los afectos, le hacen sentirse extrañas. Y ni el idioma le sonará como el mismo que utilizaba anteriormente: habrá cambiado la jerga coloquial, los sobreentendidos, los significados implícitos, las imágenes comunes, etc. De esta forma, podemos constatar que existe una lengua antes del exilio y otra después, aun siendo la misma lengua lo que las une a un origen.

Inevitablemente, en la confrontación con la realidad encontrada surgen en las que retornaron nuevos conflictos emocionales. Se constata en sus narraciones que existieron y existen aún hoy día después de pasados años de retorno, diferencias entre los miembros de una misma familia: los que permanecieron en el país de origen y los que se fueron. Y lo más importante después del reencuentro con los afectos es el encuentro con el tiempo para una nueva reconstrucción, aunque la percepción del tiempo, entre un pasado lejano pero presente, y el presente mismo de su vivencia de encuentro, queda confundida en el sujeto.

Quisiera terminar haciendo entender en la medida de lo posible la intensidad de las emociones que expresan estas mujeres, y con las palabras que una de ellas que retornó en 1974, me contó a lo largo de la entrevista que me concedió en su casa de Madrid, después de 35 años de exilio. He aquí sus palabras “Fue mucho cambio, mi marido y yo estuvimos viviendo tres meses en casa de una sobrina de mi marido... y un día nos fuimos a la Castellana, y al volver le dije a mi sobrina: ¿Cómo pueden pasar por aquí las niñas que venían antes para que los niños jugaran en medio de la Castellana? ¿Dónde se sienta la gente? Claro, nosotros estábamos acostumbrados a Moscú que tiene unas avenidas enormes por eso la Castellana nos pareció estrecha... Pero en fin, me encontré bien como si fuéramos madrileños los dos.”

Y en cuanto a Federica Montseny, regresó a España después de casi 40 años de exilio. Durante su estancia, fue vigilada constantemente por la policía secreta pues se temía que su vida se viera amenazada por un ataque “ultra”. Paradojas de la vida o paradojas de la represión. Una Policía o una Guardia Civil, qué más da el nombre en definitiva, vigilante en su intento de apresarla para entregarla al Régimen y condenarla a una muerte segura, y una Policía que la protege de la muerte que le aguardaba hipotéticamente de manos de elementos de ese mismo Régimen. Diferencias de las que se reclama la democracia.

Para Federica Montseny, su regreso a España en 1977, supuso un reencontro catártico con la tierra, con volver a su origen. Pero a pesar de ello, Federica Montseny retorna, en un proceso inverso al que se produjo por la obligación del exilio, al origen simbólico que fue para ella su tierra de exilio, Francia, y más concretamente Toulouse. Retorno, que se puede leer también como un signo de pertenencia a una identidad doble, marcada por las huellas de tan larga ausencia.